

L. W. Hurtado, *The Earliest Christian Artifacts. Manuscripts and Christian Origins* (Grand Rapids: Eerdmans 2006) XIV + 248 pp.

Edición española: *Los primitivos papiros cristianos*, Sígueme, Salamanca 2010; 256 pp.

Este libro trata de remediar una importante carencia en los estudios sobre los orígenes del cristianismo. Desde la publicación del libro, ya clásico, de G. Snyder, *Ante Pacem. Archaeological Evidence of Church Life before Constantine* (1985), cuyas conclusiones fueron confirmadas por el magno estudio de L. M. White, *The Social Origins of Christian Architecture* (1990), es común la opinión que sitúa los primeros testimonios de la cultura material cristiana (restos arquitectónicos, pictóricos, escultóricos, etc) a mediados del siglo III d.C. La tesis de Hurtado es que los primeros manuscritos cristianos, algunos de ellos procedentes del siglo II d.C., deben incluirse en este catálogo de restos materiales del cristianismo más antiguo y deben ser estudiados no sólo en cuanto testigos de una tradición textual, sino como restos de la cultura material cristiana.

Después de una introducción en la que se explica de forma breve y precisa el objetivo del libro, el primer capítulo está dedicado a presentar los más antiguos manuscritos cristianos, cuya descripción se completa con una serie de comentarios y observaciones que ayudan a caer en la cuenta del significado de estos testimonios. Este primer capítulo, junto con el apéndice I, en el que se hace un elenco detallado y muy bien documentado de casi doscientos cincuenta manuscritos cristianos antiguos, pone el marco a la discusión de temas más concretos que será el objeto de los cuatro capítulos restantes.

El capítulo segundo trata de descifrar el significado y el alcance de un hecho llamativo, que suele mencionarse en los estudios sobre los libros y la lectura en el mundo antiguo: la temprana preferencia cristiana por el códice. El autor hace un estudio cualitativo detallado para documentar cómo el códice se fue imponiendo progresivamente como soporte material de la literatura cristiana. En el siglo primero la mayoría de los textos se escribían en rollos. Esta era la forma más común del libro y también la más elegante. Sin embargo, desde sus mismos comienzos, los textos cristianos se escribieron mayoritariamente en códices (muy parecidos en su estructura básica a los libros actuales), y esta costumbre acabó imponiéndose en los siglos posteriores, de modo que en el siglo IV d.C. el códice había comenzado a suplantar al rollo en el mundo antiguo en general. La pregunta que se hace el autor es: ¿Por qué prefirieron los primeros cristianos el códice? Hurtado repasa las diversas respuestas que se han dado a esta pregunta (ventajas prácticas, como su mayor portabilidad o su capacidad para incluir mayor cantidad de texto) y concluye que ninguna de ellas explica este fenómeno de forma suficiente. Según él, los primeros cristianos utilizaron el códice para copiar los textos que se usaban como Escritura. Un repaso de la quinta columna del apéndice antes mencionado, dedicada a describir la forma de los antiguos manuscritos cristianos, revela, en efecto, que casi todos los textos bíblicos cristianos están copiados en códices. El capítulo termina con una interesante información acerca de la confección material de los códices y con unos gráficos sobre el uso de los distintos tipos de libro en los diversos contextos y siglos.

El tercer capítulo está dedicado al estudio de los *Nomina sacra*, otro rasgo característico de los manuscritos cristianos, que consiste en escribir algunos nombres considerados sagrados de forma abreviada, generalmente con la primera letra y la última (IC = IHCOYC), o con las dos primeras (IH = IHCOYC), o con una combinación de ambos

recursos (IHC = IHCOYC), colocando una línea horizontal en la parte superior. De esta forma aparecen en los manuscritos varias palabras relacionadas de una forma u otra con el ámbito divino (Espíritu, Hijo, Padre, Cruz, etc), pero sobre todo cuatro nombres: Jesús, Dios, Señor y Cristo. El origen de esta original práctica podría encontrarse en la forma en que los escribas judíos escribían el nombre divino, pero en todo caso se trata de un rasgo muy característico de los manuscritos cristianos y es muy probable que sea una innovación cristiana estrechamente relacionada con el uso del códice, pues es, precisamente en los textos que los primeros cristianos utilizaban como escritura, donde aparece con mayor profusión el uso de *nomina sacra*. Mucho más intrigante aún es el significado de esta práctica, sobre todo por lo que se refiere a los cuatro nombres más frecuentemente abreviados. El uso de una misma técnica de escritura otorga la misma consideración a Dios y a Jesús, al título Señor, que se usa para referirse a ambos, y al título Cristo, que se refiere sólo a Jesús. Hurtado ve en este hecho un reflejo del temprano reconocimiento de la divinidad de Jesucristo por parte de los primeros cristianos. Esta práctica pudo haber tenido también una función visual, pues, aunque la mayoría de los que participaban en la reunión litúrgica no sabrían leer, el lector podría mostrarles el manuscrito señalándoles dónde se encontraban los nombres divinos que les inspirarían reverencia.

El cuarto capítulo, más breve que los anteriores, se detiene en un detalle fascinante que aparece en algunos manuscritos cristianos antiguos: el uso del *estaurograma*, una forma particular de escribir la palabra “cruz” (*stauron* en griego) o el verbo “crucificar” (*stauroo* en griego), que consiste en sustituir las letras que se encuentran entre la “t” y la “r” por una *tau* (T) a la que se superpone una *rho* (P), quedando la parte superior de esta última por encima de línea horizontal de la T. (†). Este pictograma no es, propiamente hablando, un cristograma, una representación del Cristo, sino algo muy peculiar y diferente, cuyo origen y significado resultan enigmáticos. Su significado podría estar relacionado con el uso de la letra T como un símbolo de la cruz o con el valor numérico de estas dos letras, que equivale al de la palabra hebrea “vida”, pero es también posible que se trate de una representación visual del crucificado. La T representaría la cruz y la parte superior de la P la cabeza del crucificado. Si esta observación es acertada, estaríamos ante la primera representación visual del símbolo de la cruz, que no habría que situar en el siglo IV d.C., como se pensaba hasta ahora, sino ¡doscientos años antes! Es una sugerencia extremadamente interesante para la historia del arte cristiano y de la iconografía de la cruz, pero sobre todo es un dato de gran relevancia para el conocimiento de la temprana devoción cristiana a Jesús.

El capítulo final trata sobre otros aspectos y rasgos físicos de los manuscritos que pueden proporcionar alguna información sobre quienes los elaboraron, escribieron y utilizaron. El primero de ellos es el tamaño de los códices, que puede proporcionar información sobre el uso de los mismos. Un códice pequeño es más fácil de transportar y podría haber sido utilizado por misioneros itinerantes, mientras que un códice grande sería más apto para la lectura en público. Estudia también el uso de columnas, que era la forma habitual de escribir en el rollo, o en la página completa, que acabará imponiéndose en los códices. Los márgenes de los códices, así como el número de líneas por página y de letras por línea, proporcionan también interesantes informaciones acerca de quienes los utilizaban. Normalmente todos estos detalles no se suelen tener en cuenta cuando se estudia el texto de los manuscritos, pero pueden ser también de gran utilidad para evaluar la fiabilidad del texto copiado. Por último estudia dos detalles muy poco conocidos: las ayudas para la lectura y las correcciones. Las primeras eran necesarias, sobre todo, para lectores no profesionales y, por ello, cuando se encuentran

en un código se puede suponer que éste estaba destinado al uso privado. Son extremadamente interesantes para establecer la puntuación de un texto transmitido en escritura continua. Por su parte, las correcciones, sobre todo las contemporáneas a la escritura del código, podrían indicar que existía un control sobre la copia de los manuscritos, una especie de *scriptoria* rudimentarios pero eficaces, en los que se controlaba la exactitud de las copias realizadas.

A medida que se avanza en la lectura del libro se afianza la convicción de que verdaderamente viene a llenar un vacío importante. Su constante reivindicación de la importancia de los antiguos manuscritos cristianos como restos materiales del cristianismo más antiguo está continuamente avalada con una información detallada y precisa y con una discusión inteligente y perspicaz. Uno de los valores de esta obra es que proporciona una información muy útil sobre publicaciones en el campo de la paleografía y la papirología que no son conocidas ni tenidas en cuenta en el mundo de los estudios bíblicos. El autor presenta con frecuencia el estado de la cuestión sobre temas muy especializados, pero tiene la habilidad de centrarse en aquellas cuestiones que tienen interés para quienes estudian los orígenes del cristianismo. El subtítulo de la obra “Manuscritos y orígenes del cristianismo” describe adecuadamente su contenido. Como es habitual en las obras de este autor, el libro está muy bien escrito y se lee con gusto. Hay que felicitar, por tanto, al Prof. Hurtado por este interesante trabajo, que en muchos despertará el interés por conocer mejor el apasionante mundo de los manuscritos cristianos más antiguos.

*Santiago Guijarro Oporto*